
Poesía

NUEVA CANCIÓN PARA DURAMAR

Antonio Leal

A Patricia L. Marín

Fue entonces cuando mis ojos
caminaban la frágil epidermis de las cosas,
algo que se quebraba tan sólo para después
arremolinarse en un todo: la ausencia.

Por último digo
que han de venir crepitaciones sucesivas,
que hace falta llorar
para ser poseedor de la primera ceniza,
del silencio mineral
y todo lo torcaz de la amapola.

Ahora es la llovizna de vidrios rotos sobre el corazón.
Árboles espesos giran alrededor de la piel,
y las palabras arrumbadas en volutas de soledad
se estacionan impotentes en el tejado del corazón.

Ahora es que también derrotó el recuerdo de mi infancia
y sigo al corazón a ciegas por el alba.

Sé que en ti ya se consumió el sol que juntos inventamos,
como para buscarnos, como para sabernos avergonzados por no compren-
[der nada,
y en medio del ramaje del aire ya tampoco nada existe,
ni aquella sospecha de que nos amábamos.

Duramar,
toda tú,
sin origen,
vienes de la hojarasca hasta el llanto. Dije que en ti se cumplen los nau-
[fragios.

Así sea,
por mí,
desde todos,
por la húmeda bóveda del aire
donde estiran su eternidad las gaviotas,
la blancura frágil de una clavícula de Dios.
Así sea.
Ahora sólo déjame ya nunca más lejos de ti.

Llueve, sabes que llueve desde mí
y que por eso tardo en encontrarte.
Duramar, desátame del hilo con que me tienes atado desde ti
o abrígame con lo más tierno que puedas,
penetra mi soledad,
despójame de esta dureza de la espiga,
que ya conozco el dolor con que te ausentas.

Tal vez sólo florecemos en donde un sol cumple su monotonía de siglos
y la piel quebradiza lastima el péndulo del viejo sarmiento de la vida.

Después quizá deshojaré mi origen y los signos de la sangre.
Digo que llueve y tú ni siquiera te has asomado desde ti
para alegrarte, para alegrarme a mí y al árbol oscuro de mi infancia.
Ay Duramar, si con sólo nuestro adiós te consumieras
y las etéreas mariposas que siempre llevas contigo
no destilaran en mis ojos la primera tristeza de Dios.
Necesito que llueva, Duramar, a la manera antigua, sin vientos ni faros,
quiero oscuridad, soledad en los caminos del aire,
para que así los árboles de la sangre
convalezcan desde siempre en el mar.